



Brasil, un gigante en transición

Luis Esteban González Manrique*

EL 22 de abril se cumplieron 500 años del primer contacto de un europeo con suelo brasileño. El navegante portugués Pedro Álvarez Cabral, al frente de una expedición de 13 embarcaciones y 1.200 hombres, arribó a la hermosa costa de Bahía en el lugar que bautizaría Porto Seguro. Las celebraciones del quinto centenario reflejaron las contradicciones del gigante suramericano. Las manifestaciones de un vasto conglomerado de organizaciones indígenas, campesinos sin tierras y sindicatos obligaron a los presidentes de Brasil y Portugal, Fernando Henrique Cardoso y Jorge Sampaio, a suspender los actos de Porto Seguro por temor a que la represión policial arruinara una imagen que se quería festiva y cargada de optimismo.

Como ocurre siempre en un continente marcado por los contrastes, que en Brasil llegan a extremos desmesurados, unos y otros tienen razones para fundamentar sus argumentos. El país, después de haber capeado con éxito, a pesar de los pronósticos en contra, las turbulencias financieras derivadas de la devaluación del real, recibió en enero de 1999 el mayor volumen mundial de inversiones extranjeras directas (IED), 31.000 millones de dólares frente

* Periodista. Especializado en Iberoamérica.

a los 700 millones de 1991. Esta cifra se podría superar en los próximos años ante las perspectivas de crecimiento de una economía que es ya la novena del mundo, con un PIB de 825.000 millones de dólares, por delante de Canadá, España, México, Rusia y Corea del Sur.

En lugar de contraerse un 5 por 100, como muchos economistas predijeron, la economía brasileña terminó 1999 en equilibrio, con su PIB en alza y un desempleo sólo ligeramente mayor. Aunque los precios subieron casi un 20 por 100, los productores absorbieron esos aumentos sin transferirlos a los artículos de consumo. En un país habituado a la inflación esto supone un cambio radical. Gracias a las reformas anteriores, se habían puesto ya suficientes fundamentos económicos para mantener la estabilidad: el sistema financiero estaba en mejores condiciones, las privatizaciones habían reducido las pérdidas de las empresas públicas y la producción agrícola y ganadera contribuyeron a mantener estables los precios de los alimentos.

Ninguna de esas condiciones existían cuando los anteriores planes de estabilización fracasaron. En una sesión especial del Congreso en febrero, se produjo una sorprendente mayoría favorable a hacer más estrictos los controles presupuestarios y a castigar a los funcionarios que incurran en comportamientos fiscales irresponsables. La Ley de Responsabilidad Fiscal hace del mal uso de recursos públicos no sólo una falta administrativa sino una ofensa criminal, punible con la descalificación permanente para ejercer cargos públicos.

También esto resulta un fenómeno curioso en un país que casi durante 15 años, desde 1980 a 1993, había sido en materia fiscal uno de los más indisciplinados del mundo. Las tasas mensuales de inflación estuvieron en torno al 5 por 100. La indexación se convirtió en una forma de vida. En Río, las playas estaban llenas los siete días de la semana. Los cariocas ganaban más con las tasas de interés que pagaban los bancos o cambiando dólares que trabajando. Hoy, hasta los taxistas hablan de presión fiscal, masas monetarias y déficit público. La austeridad duele en el bolsillo, pero los brasileños reconocen la imposibilidad de regresar al pasado.

Octavio de Barros, economista-jefe del BBV en Sao Paulo, cree que el clima para invertir es cada vez más favorable: *«Sólo China rivaliza con Brasil en volumen de IED, con la diferencia de que el 80 por 100 de ese dinero es de chinos que lo están reenviando a su país»*. En los últimos 20 años, mientras el PIB mundial ha crecido a un ritmo de un 3,5 por 100 de media anual, el comercio mundial al 6 por 100 y la IED al 7, Brasil se encuentra en primera línea para capitalizar esta tendencia. Su base industrial no tiene comparación en el mundo en desarrollo: Embraer es una de las industrias aeronáuticas

comerciales más avanzadas del mundo y su industria automovilística produce cerca de 2 millones de vehículos anuales, tanto como España. En 1994 sólo había 600.000 teléfonos móviles en Brasil; ahora son 16 millones. En el mismo período, el número de líneas fijas ha subido de 13 a 35 millones.

Los hoteles de Río de Janeiro, Sao Paulo, Brasilia o Belo Horizonte están llenos de ejecutivos italianos, españoles, japoneses, israelíes, coreanos. La Cámara de Comercio Germano-Brasileña calcula que las inversiones alemanas totalizarán 6.000 millones de dólares hasta el año 2004. A pesar de que el arancel medio ha pasado del 51 por 100 en 1987 al 9 por 100 actual, la economía brasileña es aún bastante cerrada. En 1998, la suma de sus exportaciones e importaciones de bienes representaba el 13,3 por 100 de su PIB, frente al 20 por 100 de España, el 24 por 100 de EE.UU., el 20 por 100 de la UE y el 19 por 100 de Japón. Entre 1989 y 1999, mientras las exportaciones de la India aumentaron un 128 por 100, las de China un 271 por 100 y las de EE.UU. en un 91 por 100, las de Brasil lo hicieron sólo un 40 por 100.

Brasil ocupa más de la mitad del territorio de América del Sur y comparte fronteras con nueve vecinos. Es el eje del continente y la piedra angular para consolidar un mercado común regional y una comunidad política estable en el subcontinente; Brasil es hoy uno de los principales laboratorios del mundo en desarrollo para el éxito de la apertura comercial y la modernización económica.

El potencial del crecimiento del comercio externo brasileño, progresivamente centrado en tecnología alta y media, es grande; como destaca *The Economist*. Se van ampliando las clases medias y son los servicios y no la industria el sector que domina la economía. La mayoría de brasileños trabajan ya en el sector privado.

Desnivel social

PERO junto a esta gran movilidad sigue existiendo una gran diferencia social. Según estadísticas citadas al *Financial Times* por el ex ministro de Finanzas, Mailson de Nobrega, durante los últimos diez años un 60 por 100 de brasileños ha cambiado de *status*: 80 por 100 ha subido mientras un 20 por 100 ha bajado. Las estadísticas del Programa de Naciones Unidas para el desarrollo también reflejan ese progreso: la mortalidad infantil -95 por mil en 1970- ha caído al 37 por mil en 1997, mientras el acceso al agua potable subió del 74 por 100 de la población urbana

en 1992 al 79 por 100 en 1998. Las ayudas estatales para que los padres mantengan a sus hijos en los colegios han hecho crecer más de un 50 por 100 la escolaridad secundaria en los últimos cinco años. El número de niños escolarizados entre 7 y 14 años ha subido del 86 por 100 al 96 por 100 en 1999.

Desde 1996 funciona el Programa Nacional de Derechos Humanos con una Secretaría Nacional que ha logrado incluir en el código penal la tortura como delito. Fernando Lopes, economista-jefe del Chase Manhattan de Sao Paulo, anticipa un ciclo de recuperación como no se conocía desde los años 70. Para un número creciente de brasileños, orgullosos de la potencia cultural de su país, de sus ciudades cosmopolitas y de una forma de vivir que privilegia un cierto hedonismo pero impregnado de amor a la vida, Brasil ha dejado de ser el eterno país del futuro y ha comenzado a ser también el presente.

Liderazgo brasileño

ESTA confianza se refleja en el creciente liderazgo continental de Brasilia. El palacio de Itamaraty, la cancillería brasileña, ha sido tradicionalmente, después del Departamento de Estado norteamericano, la más influyente en las Américas. Brasil ha firmado tratados de cooperación y libre comercio con la Comunidad Andina, México, los países centroamericanos y Venezuela. Cardoso ha convocado para el 31 de agosto una cumbre suramericana en Brasilia para impulsar un Acuerdo de Libre Comercio de América del Sur (ALCAS) que refuerce en las negociaciones con Estados Unidos la posición regional sobre el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Brasilia ha decidido asumir el papel de liderazgo que le corresponde en el continente por sus dimensiones geográficas y económicas.

El ALCAS presupone la incorporación de Chile y Bolivia en Mercosur, pero no termina ahí. En la lista de huéspedes de la cumbre figura Surinam, que no es miembro de ningún bloque subregional sino socio de Brasil y los países andinos en el Tratado de Cooperación del Amazonas. Itamaraty estima que poner en marcha el ALCAS llevaría tres años, lo que dejaría dos años de tiempo antes de lanzar el ALCA en el 2005.

Brasil —un país con 8 millones de kilómetros cuadrados y 160 millones de habitantes, un 45 por 100 de los cuales tiene menos de 25 años— es de hecho una potencia regional y planetaria que aspira a un puesto permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Mercosur representa el 55 por 100 del PIB suramericano, el 46 por 100 de su población y el 60 por 100 de sus

exportaciones industriales; tiene, además, 39 de las 50 empresas más grandes de la región. La ampliación es prioritaria para Brasilia: en 1998 enviaba el 28 por 100 de sus exportaciones a sus vecinos latinoamericanos, frente al 26 por 100 de la Unión Europea y el 10 por 100 de Estados Unidos.

Mercosur, con 20.000 millones de dólares de comercio interregional, está actualmente negociando coordinar mejor sus políticas macroeconómicas, sus reglas de inversión, y otros aspectos de la integración. Las perspectivas de avanzar hacia un mercado común regional han mejorado por el hecho de que los países miembros de Mercosur están en la misma sintonía política y económica: todos ellos comparten los objetivos de consolidar mercados abiertos y empresas orientadas hacia los mercados internacionales.

Zona de sombra

LAS zonas de sombra, como lo demostraron las protestas de Porto Seguro, son extensas. El 20 por 100 más bajo de la población recibe el 2 por 100 del ingreso mientras el 7 por 100 más alto absorbe más de la mitad de la renta nacional. El ingreso per cápita del 20 por 100 más rico es 12 veces mayor que el del 20 por 100 más pobre. En Asia oriental y Oriente Próximo ese coeficiente es menos del 7 y en el sures-te asiático de 4,5. El 3 por 100 de las cuales está infrautilizado, mientras que 25 millones de campesinos arriendan su mano de obra. En Sao Paulo, con 17 millones de habitantes, se cometieron 9.027 asesinatos el año pasado, frente a los 667 de Nueva York.

Al menos 40 millones de personas todavía viven bajo la línea de pobreza, con un ingreso per cápita mensual de 60 dólares o menos. Durante los períodos hiperinflacionarios, se ignoraron los problemas de las finanzas públicas. Títulos de propiedad y bonos de deuda desfinanciados —instrumentos financieros creados por políticos corruptos que nunca los respaldaron con medios de pago— han abrumado desde entonces las arcas nacionales. Desde el comienzo del gobierno de Cardoso, el Banco Central ha invertido más de 21.000 millones de dólares en sanear el sistema bancario privado y otros 30.000 millones en cerrar y privatizar bancos estatales quebrados que eran utilizados por los gobernadores de los Estados para financiar sus presupuestos y recompensar a sus clientelas políticas.

En último término, las operaciones de saneamiento han sido sufragadas con el dinero de los contribuyentes. El desastroso impacto de ese legado en la actual situación financiera puede ser medido por el hecho de que las pre-

visiones del Tesoro para hacer frente al pago de obligaciones «no presupuestales» ya han excedido los 80.000 millones de dólares, generados por las privatizaciones de empresas estatales y las licitaciones de obras durante el gobierno de Cardoso. La deuda pública ha crecido a pesar de los esfuerzos por vender los activos del Estado y reducir la deuda interna y sus enormes pagos por conceptos de intereses.

Esos enormes contrastes explican que la Conferencia Episcopal brasileña, en un país con más de 100 millones de católicos y el mayor contingente de obispos del mundo (330), haya denunciado el modelo de desarrollo «neoliberal» seguido por el gobierno. Desde que en 1985 se produjeran sus primeras invasiones de haciendas, el *Movimiento Sem Terra* (MST) ha crecido hasta alcanzar 500.000 adherentes, que han convertido decenas de miles de hectáreas antes inutilizadas en rentables cooperativas agrarias cuyos productos son distribuidos por todo el país por multinacionales.

La cooperativa Novo Sarandi en Río Grande do Sul produce 12 millones de dólares anuales a través de un sistema que Joao Stedile, un economista agrónomo y cofundador del MST, llama un «capitalismo guerrillero». Un 85 por 100 de los brasileños apoyan las invasiones en la medida que no sean violentas. Desde 1985 se han producido unas mil muertes a causa de los choques entre los sin tierra y las fuerzas de seguridad y los ejércitos privados de los latifundistas.

El frente ecológico es otra herida abierta. Un nuevo proyecto de ley establece que el 80 por 100 de las áreas forestales de la región amazónica debe ser preservada. Las organizaciones de terratenientes han declarado que lucharán contra la ley. Según el Instituto Nacional de Pesquisas Espaciais (INPE) de Brasil, el desmonte total de los bosques en la región de Amazonia fue de 17.383 kilómetros cuadrados en 1998, un 31,4 por 100 más que en 1997: un área equivalente a la destrucción de 10,35 estadios de fútbol por día durante ocho meses. De la foresta de la costa atlántica, que cubría el 15 por 100 del territorio —un área equivalente a la de Gran Bretaña, Francia y España juntas— sólo subsiste el 7 por 100 de la que existía en 1500.

Los 77.830 kilómetros cuadrados de selva deforestados en el Amazonas entre 1995 y 1998 equivale al 14 por 100 de toda el área desbrozada en la Amazonía desde 1500. La deforestación en su mayor parte es llevada a cabo por las grandes compañías madereras. Un 80 por 100 de la madera producida en el país es talada ilegalmente. Las pérdidas pueden ser irreparables: sólo en una hectárea de bosque del Estado de Bahía pueden encontrarse 450 especies distintas de árboles.

Otra de las mitologías que han comenzado a caer es la autocomplacencia sobre la unidad multirracial del país. Cinco siglos de mestizaje han borrado las líneas entre descendientes de europeos, africanos y amerindios. Hoy un 38 por 100 de brasileños se llaman a sí mismos «pardos», es decir mestizos, mientras un 50 por 100 se consideran blancos y sólo un exiguo 5 por 100, negro. Ese mestizaje alimentó la imagen difundida por los medios oficiales y la educación pública de que Brasil constituía una «democracia racial».

No existen guetos ni tampoco son frecuentes muestras de odio racial. En Salvador de Bahía, una ciudad donde la herencia africana impregna su fisonomía étnica y cultural, al lado de sus 365 iglesias barrocas, hoy figuran esculturas de los dioses Orixá esculpidos por Carybé, un artista bahiano internacionalmente reconocido. Los museos de arte moderno valoran cada vez más el arte negro e indio.

La espléndida exposición conmemorativa del legado cultural del país, organizada en Río de Janeiro para celebrar el quinto centenario, dio similar importancia a todas las culturas formativas del país. Los 210 grupos étnicos indígenas que hablan 180 lenguas distintas, supervivientes de los 1.000 grupos que originariamente habitaban el país, también han comenzado a recuperar sus índices de natalidad y sus rasgos de identidad cultural a medida que los últimos gobiernos les han reconocido derechos territoriales en la Amazonía.

Sin embargo, las sombras del legado colonial, que sostuvo un rígido ordenamiento estamental bajo el principio de la pureza de sangre, y el legado de la esclavitud, que se mantuvo hasta 1888, son alargadas. Aunque, como en toda América Latina, el dinero «blanquea», cualquier observador puede advertir de inmediato que las diferencias sociales se reflejan claramente en el color de la piel. La elite propietaria, empresarial y política es abrumadoramente blanca, mientras que el color predominante entre los pobladores de las favelas es oscuro. Aquí se da un mayor nivel de mortalidad infantil y fracaso escolar.

Cardoso, que ha escrito varios ensayos sobre el racismo en Brasil, ha nombrado un consejo consultor sobre asuntos raciales. Durante su gobierno han sido designados el primer ministro, el primer general del ejército y el primer comandante de la policía federal de ascendencia africana. Quebrar el tabú ha sido el primer paso. Con todo, poco cambiará sin igualdad de oportunidades. El desempleo entre negros y pardos es un 10 por 100 superior al que existe entre brasileños de piel más clara.

Los retos actuales

PARA Cardoso no es posible hoy regresar al pasado, aunque considera también utópico creer que el sector privado es una panacea. La privatización se mantendrá por cuestiones de eficiencia, pero no es probable que por sí sola produzca una transferencia de ingreso de los ricos a los pobres.

El coeficiente Gini seguía en Brasil a finales de los noventa en el 60 por 100, uno de los niveles de desigualdad más altos del mundo. El 20 por 100 más bajo recibe apenas el 2 por 100 del ingreso. Pero se ha modificado significativamente la estructura de las exportaciones a favor de los productos con perspectivas dinámicas a largo plazo. «El descubrimiento del mercado —creo Moisés Naím, ex ministro de Economía venezolano y director de *Foreign Policy*— pronto obligará a los países latinoamericanos a redescubrir el Estado».

Eduardo Bueno, el autor de tres libros recientes sobre historia brasileña que han vendido cerca de 500.000 ejemplares, explicaba al *New York Times* la causa de su éxito: «*Los brasileños quieren saber por qué las cosas no salieron bien. La vida es difícil, el dinero escaso, no existe un sentimiento de ciudadanía, y la gente percibe que la respuesta está en la historia, que quizá las cosas fueron mal desde el principio*». El premio Nobel de Literatura portugués, José Saramago, le da la razón: «*El descubrimiento no fue un diálogo de culturas, ni un encuentro de pueblos. Fue violencia, depredación y conquista*».

Pero otras personas, como el ministro de Turismo que organizó los actos culturales celebratorios del quinto centenario, ve las cosas de otro modo: «*No se puede ver la historia desde el remordimiento. Brasil es una tierra de paz étnica*». La diversidad del país da amplias razones para ambos puntos de vista. Lo indudable es que Brasil ha regresado al escenario internacional con una clara voluntad de permanencia. Y sólo desde la comprensión de la historia de su compleja relación con el mundo exterior es posible vislumbrar su futuro.